

VI.

Popularidad

Si la palabra santa halló eco muy pronto en los corazones de los mexicanos, fué debido á que los mismos en cuyos labios resonaba, eran los primeros en dar á conocer por su conducta, que era una verdad la doctrina que predicaban.

Cuando llegaron á nuestro país los religiosos de San Francisco, encontraron á los naturales destituidos de todo amparo, expuestos á todo género de vejaciones y abandonados á su primitiva ignorancia en materias de sumo interés, como son las que miran al conocimiento de la Divinidad y á los deberes del hombre con sus semejantes. Ellos, entonces, fieles á su enseña de paz y caridad, se consagraron á remediar estos males con el anhelo, con el amor entrañable que hemos visto precedentemente, y que los puso en la categoría de misioneros apostólicos, no menos que de padres y protectores de los infelices indios.

De aquí procedió el cariño verdaderamente apasionado con que éstos los trataban, y que llegó hasta el extremo de que rehusaran en sus pueblos la presencia de los religiosos de otras órdenes,

particularmente de aquellos que no les mostraban el afecto sincero que los hijos de San Francisco. Sobre este particular, es notable el siguiente caso, sucedido en Yeticatlan, y que refiere Motolinía. “Yendo por ahí un fraile de cierta orden, que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra (á los indios), y queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños y toda la otra gente, porque hacía mucho tiempo que no habían ido por allí frailes á visitar, y deseaban la venida de algún sacerdote; y como por la mañana fuese el fraile con el español de los apuestos á la iglesia, do la gente estaba ayuntada, y los indios mirasen no sé de qué ojo al fraile, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte, diciendo: “amo, amo,” que quiere decir:—no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros, ni á nuestros hijos.—Y ni basta el español ni los frailes, á poderlos hacer juntar, hasta que después fueron los que ellos querían; de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenía á cargo, y así lo contaba como cosa de admiración.”

Así como para persuadir es necesario estar persuadido, tiene que amar mucho quien quiera ser muy amado. Salvo casos

muy excepcionales, esta ley de reciprocidad se observa en la correspondencia de los afectos humanos: ¡cómo, pues, podían sustraerse á ella, corazones como los mexicanos, naturalmente rectos, inclinados al bien sin el más mínimo esfuerzo, y en los cuales la memoria del beneficio recibido es una llama siempre viva que obliga á la gratitud! ¡Y cómo no aficionarse á unos hombres que sin aparato, sin otra mira que el deber, á costa de mil penalidades y con peligro de su fama y aun de su misma existencia, desempeñaban el papel de patronos de la desgracia, ante el inexorable tribunal de los opresores! Apreciada como es debido esta conducta, ¿podía el corazón, podía la inteligencia, desdeñar el suave yugo del Evangelio? ¿Era dable rechazar una doctrina que se predica, que se patentiza con la palabra y con las obras? ¿Podían ser objeto de indiferencia los misioneros sencillos en quienes se admiraba este feliz consorcio del pensamiento con la realidad?

De ninguna manera, y hé aquí por qué la popularidad de los franciscanos era inmensa; hé aquí por qué ese prestigio, hijo de la caridad y de la pureza de costumbres, fué siempre en ellos un poder irresistible y sobrehumano con que realizaron en aquella sociedad las más nobles empresas.

¿Se pretende tener un ejemplo de los hechos que servían de base á esa influencia? No hay más que recordar la respuesta que los vecinos de algunos pueblos dieron á Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, Presidente de la primera audiencia, con ocasión de preguntarles por qué no recibían bien sino á los frailes de San Francisco. “Porque éstos (decían) andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente.”

¡Respuesta admirable! ¡lección sublime que debieran aprovechar en todos tiempos los ministros de paz, pues que resume las causas de merecimiento y simpatía entre todos los hombres, y señaladamente entre los desgraciados!

Pudieran también los naturales haber añadido, que los franciscanos tan luego como el sayal se les caía á pedazos de viejo, en lugar de cubrir su desnudez con otra tela más fina, como pudieran, echaban mano de la tosca manta que fabricaban los mexicanos para el mismo objeto; pues tal es el origen del hábito azul que aquellos vistieron hasta nuestros días, y que no usan los de su misma observancia en Europa.

Hasta este grado llegó el espíritu de confraternidad práctica de los frailes me-

nores con los hijos de México. Y si se reflexiona que entre esos frailes se contaban hombres tan eminentes en santidad, artes y letras, como los Valencias y los Gantes, los Sahaguns y Torquemadas, los Margiles y Aparicios, no será fácil contener un movimiento de admiración y gratitud.

Uno, sin embargo, se distinguió en esta parte sobre todos, y fué el popular y amabilísimo lego, cuya vida vamos á referir en el capítulo siguiente.

VII.

Fray Pedro de Gante.

¿Conocéis el Canal que une la laguna de Texcoco con la garita de San Lázaro? ¿Habéis entrado alguna vez en una canoa, y caminado desde el embarcadero hasta el "Cubito," deslizándoos muellemente por el agua aprisionada entre las dos orillas cubiertas de matorrales? ¿Sería posible que no hubiéseis visitado los baños del Peñón, que no lejos de allí se levanta como una pirámide egipcia?

Pues bien, toda esa superficie, de aspecto adusto y desolado, cubierta de eflorecencias de sosa, que se dilata á uno y

otro lado del canal, no existía en los primeros años que siguieron á la conquista, y en su lugar se veían espejear las salobres aguas del lago, que extendía sus brazos cristalinos para ceñir á la ciudad más bella del nuevo mundo.

Por aquella superficie, entonces tersa y brillante como el escudo de un héroe de Homero, bogaron los bergantines que mandó construir Cortés, y que tan poderoso auxilio le dieron para la toma de México; en la misma se hundió destrozada la flota azteca, después de combatir heroicamente por la libertad de la patria, mientras las olas verdinegras se estrellaban contra las rocas porfiríticas del Peñón, que aparecía como un escollo, ó como el rostro de un titán asomando entre las aguas; y por ella también en un día de júbilo, después de tanta desventura, después de tanta humillación, se veía resbalar, engalanada y risueña, otra flota compuesta de canoas y chalupas, que no se preparaba á ningún combate, y que en lugar de envenenadas pasiones, sólo encerraba corazones agradecidos.

I.

· Hermosa está la mañana.

El sol, que ha caminado apenas algunas horas, en su carrera extiende sus ra-

vos benéficos por el espacio, dando lustre y vida á todos los séres, como el alma radiante de la creación.

Todo á su presencia parece nadar en una atmósfera embriagadora de bienestar inefable.

La selva de pinos y madroños que forma la majestuosa vestidura de las montañas; los fresnos y sauces del valle, de cuyos troncos, henchidos de savia, brotan tiernos y graciosos renuevos; las aves que cantan cerca del nido situado en la parte más recóndita del follaje, adonde apenas penetra un rayo de luz; el insecto de dorso azul y alas tornasoladas, que zumba entre las mil florecillas silvestres de la llanura; el lago por allá, tranquilo y silencioso, y más acá ligeramente agitado, deslumbrador, armonioso, con sus innumerables y pequeñas olas, lenguas de luz que cantan, ríen, suspiran y hablan entre sí, se persiguen, se chocan y confunden incesantemente; todo, todo en el gran cuadro que se ofrece á la mirada, se siente envuelto en el suave ardor del entusiasmo, y gozándose en la posesión de una felicidad imperturbable, no respira más sentimiento que amor, ni tiene otra voz que armonía. ¡No! esta hora no es la del éxtasis de la naturaleza, no es el crepúsculo; es el momento de animación, es el momento de superabundancia

cia de vida, de goce infinito, de regocijo sublime, de afecto apasionado, de himno universal!

II.

Entre tanto, bogan ligeros los esquifes de que se compone la flota, surcando armoniosamente las aguas al compás de los remos, de los cuales se desprenden gotas cristalinas.

¿A dónde se dirigen? ¿qué fiesta los atrae al centro del lago?

Las matronas y las doncellas van sentadas á la popa, coronadas de flores; los jóvenes reman, y los ancianos llevan ramilletes en la mano. Todos son mexicanos.

Arriban á orillas del Peñón; mas no se detienen. Su vista indagadora busca á lo lejos un objeto, un objeto que esperan con ansia, y que tan pronto creen descubrir, como se les pierde en la línea indecisa que forma el límite visible del lago.

—¿Nos habrán engañado?

—¿Habrá diferido para otro día su venida?

—No, sino que la canoa en que viene ha de ser muy pesada.

—¡Malos remeros!

—¡A qué hora llegará nuestro padre!

—Si tarda más, el sol va á molestarle demasiado.

No bien se ha pronunciado la última de estas expresiones, cuando se escapa una voz de triunfo de labios de un joven que va en la canoa delantera.—¡Ya viene!

—¡Sí, ya viene!. exclaman varios á un tiempo.

Y á estos gritos siguen otros mil que casi ahogan los acentos de las músicas, producidos por instrumentos poco tiempo antes desconocidos de los naturales, y que ahora tocan con destreza.

La armonía y los discordes gritos se perdieran en el espacio, si no fuera por el Peñón, en cuyas laderas hallan un eco fiel é instantáneo.

III.

Al principio se deja ver un punto negro inmóvil en el confín plateado: ¿es un ánade, ó es una barca?

Poco á poco, su forma va tomando más bulto.

Tan pronto parece alzarse como sumergirse en el agua.

Es una canoa que avanza ligera, y ya se distingue el movimiento de los remos. La flota se mueve con gentileza, y re-

doblan la algazara y los conciertos de las músicas.

—¡Oh! cuánto tardaba, exclaman los ancianos.

—Ahora sí, ya viene nuestro padre, y vosotros tornaréis á la escuela, dicen las madres, dirigiéndose á los niños que juegan á su lado.

—¡Enhorabuena! contestan éstos, y sonriendo complacidos, se hacen entre sí diversas preguntas:

—Y tú, ¿qué sigues aprendiendo, luego que sepas leer y escribir?

—Yo, aprenderé á contar, ¿y tú?

—La música, la música, que tanto me agrada.

—Es mejor un oficio de carpintero ó de herrero.

—Es oficio de españoles; yo, más quiero irme á labrar el campo de mis padres.

—¡Y qué vida vas á pasar en tu pueblo!

—Mejor que la que tú pases en la ciudad.

—Allí no verás las fiestas de San Francisco, que son tan galanas.

—Veré las fiestas de mi lugar.

—¿Y si te fastidias de vivir allí?

—Nadie se fastidia de vivir en la tierra donde nació, y donde tiene su padre y su madre.

—Pero nuestro padre quiere que todos, cuando grandes, vivamos en México, y por eso nos enseña oficio de españoles.

—No, lo que quiere es que cada cual tenga medios para ganar su pan en donde quiera que se encuentre.

—¡Oh! ¡ya se acerca! dicen muchas voces en coro: ¡miradle!

Y en efecto, la barca de forma equívoca no ha mucho, está ya á poca distancia de la flota.

Viene en ella un anciano religioso de San Francisco, y al notar que la muchedumbre de canoas que tiene á la vista, se mueve en masa para salirle al encuentro, se pone en pié, apoyándose en su báculo.

—Hijos míos, dice en muy buen mexicano, hijos míos, ¿por qué hacéis esto conmigo? ¿no fuera mejor habernos visto hasta México! ¿para qué molestaros!

Y en este instante todas las canoas ya se ven en torno de la que él ocupa.

Cesan de repente las músicas, cesa la vocería; y en medio de un silencio sólo interrumpido por el sonar de las olas, que acarician los lados de las barcas, se deja oír la voz de un anciano cacique, que en actitud respetuosa pronuncia delante del franciscano una alocución de bienvenida.

Esa voz es tierna é insinuante, como

mo la voz de un padre lleno de experiencia que da sabios consejos á su hijo; esa voz recuerda las arengas que en otro tiempo pronunciaban los embajadores aztecas en el palacio, y ante el Monarca á quien iban á felicitar por algún fausto suceso, á nombre de sus Soberanos; voz solemne y apacible, hija de la amistad, expresión de benevolencia, que hacía exclamar al objeto del agasajo, en respuesta al embajador:

“Fragantes son los ecos de tus labios,
Como las olorosas clavellinas
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas”

Recuerda el anciano cacique todos los beneficios de que es deudor el pueblo al buen religioso; siente placer en referirlos con todas sus circunstancias, con todos sus pormenores; promete en su nombre y de todos los mexicanos, que la memoria de esos beneficios será eterna en los corazones; y haciendo una conversión á los días más risueños de su juventud, concluye asegurando que jamás ha experimentado mayor gozo que el que siente en este instante, al recibir á tal personaje, y en presencia de tal espectáculo

El religioso contesta en términos bre-

ves y expresivos, y estrechando contra su corazón al cacique y á todos los de la comitiva, llega á tal punto su emoción, que le priva del uso de la palabra; dirige al cielo sus miradas y vierte lágrimas de ternura.

IV.

Veamos qué pasa, entre tanto, en la ciudad.

La gente que puebla las calles y la que está reunida en el llano ó plaza de San Lázaro, hace mil comentarios acerca de los hechos que acabamos de referir.

—Dicen que hoy llega.

—¿Quién?

—Quién había de ser, Fr. Pedro

—¿Fr. Pedro de Gante?

—Ya, y por eso los naturales están tan regocijados, que no parece sino que han ido á recibir á uno de sus antiguos señores.

—Razón les sobra: ¡es tan bueno. Fr. Pedro!

—Sí, más parece que antepone los indios á sus propios paisanos.

Merecida afición por cierto

—No es compatriota nuestro, que es de la tierra del emperador. Tampoco Su Majestad ve en todo por nuestro interés, y ya por ahí se dice que va á man-

dar quitar las encomiendas. Fr. Pedro hace sus veces en la tierra, quitándonos el amor que los naturales era justo nos tuvieran.

—Fuera justo cuando vosotros los encomenderos los tratáseis como Fr. Pedro. El los acaricia como á hijos; ha puesto escuelas para los niños, donde los enseña á leer y escribir, es su maestro en la música, y ha conseguido que muchos hayan aprendido á tocar varios instrumentos, que ya es maravilla ver cómo ofician en la iglesia; por él, ya saben todo género de industrias, y han salido hábiles en las artes mecánicas, como pocos artífices de España. Y vosotros, ¿qué habéis hecho por su bien? Ni la doctrina les enseñáis, con ser obligación de todo cristiano viejo enseñarla á sus sirvientes, y mayormente cuando la condición con que os los da Su Majestad en encomienda, es, que los habéis de asistir y atender en todo lo que mira á su salud espiritual. Con que no portándoos con ellos como padres, razón tienen en amartelarse de Fr. Pedro, dándole un corazón que vosotros no habéis sabido granjearos.

—Si les mostrásemos cariño se rebelarían contra nosotros, creyendo que era de miedo: son de mala condición.

—Al contrario, apenas haya gente en

el mundo de mejores entrañas y de condición más apacible.

—Poco, según veo, los conocéis.

—Converso y trato con ellos muy á menudo, y vos soís quien poco los conoce.

—Han menester ser gobernados con rigor. Nos quieren mal, que no pueden hasta ahora perdonarnos la conquista de sus reinos, y he oído, yo, que les entiendo su lengua, mil blasfemias y juramentos contra los españoles, en todas las conversaciones que tienen entre sí, sobre todo cuando recuerdan la muerte de su último monarca, y la matanza que hizo de sus principales caciques Don Pedro de Alvarado. No hay que dar crédito á los frailes en todo lo que ellos cuentan, que por mi parte, apenas me voy convenciendo que son hombres capaces de sacramentos.

—¡Pero vos habéis perdido el seso!

—Eso de que pueblos enteros vienen á la fe, los siguen por todas partes, quiebran los ídolos, derriban los templos del demonio, y otras mil proezas, cuéntenlo allá á los bobos.

—¡Pero es imposible que tengáis ojos y no veáis! ¿no habéis nunca asistido á San Francisco, ó á la casa de Tlaltelolco? ¿Quién fuerza á tantos y tantos indios como allí se juntan, para venir á escuchar

la divina palabra, pedir el bautismo, quebrar los ídolos delante de los frailes, y mostrarse contentos de conocer la verdadera religión? ¿Por qué traen sus hijos al templo de Dios á que se eduquen?

—Perdonad; reparo que habéis tomado muy á pechos la defensa de los indios, y que usurpáis sus fueros al Obispo de Chiapas, á ese Cassaus ó Las Casas, ó llámese como se quiera....

—Y noto yo que envolvéis en vuestro injusto menosprecio no sólo á los indios y sus protectores los frailes, mas también á un varón tan eminente como el que acabáis de nombrar, y bueno será daros á entender que, á fe de caballero, conceptúo vuestro sentir en esta parte, harto infundado, y muy lejos de lo que fuera de esperarse de un buen castellano.

—¡Ni vos ni nadie, serán capaces de medir toda la grandeza del mal que ese Obispo iluso nos ha causado, y que redundará en perjuicio de los intereses de la corona.

—Los vuestros son los que os ponen una venda en los ojos, que os defiende ver las cosas como en sí son, ¡y votó á Dios que el buen Obispo saldrá con la suya, mal que pese á la codicia! Su raro ingenio y los quilates de su virtud le granjearán amigos en la corte, que serán ahora y más adelante, celosos patronos de

la causa de los naturales. Mas perdonad... no es en mi mano refrenarme, cuando se trata de levantar la voz en pro del que padece.

—Sufrá el yugo quien se ha hecho merecedor de llevarle en la cerviz. Sírvanos de algo la nueva tierra, que harto padecimos también en conquistarla.

—No siente como vos, el señor Marqués del Valle, que aunque (acá para los dos) deslustró su blasón con algunos hechos crueles durante la conquista, después se ha mostrado y muestra muy humano con los pobres vencidos, y él pidió á S. M. los frailes para que los sostengan y amparen.

—¡Y torna á los frailes!

—Y algo más os hablara de todos, si no se acercara ya uno en quien se encierran y acrisolan las perfecciones de muchos: allá viene Fr. Pedro; ved la gente, cuál se agita: ¡qué victoria! ¿no os da envidia?

V.

Y en efecto, un inmenso concurso se adelanta por las calles que parten de la garita de San Lázaro.

No es una procesión: es un tumulto, pero un tumulto suscitado por generoso entusiasmo, por el amor, por el agradecimiento.

Las notas de la música vagan por los aires como los acentos mágicos de la alegría.

El semblante de los indios, habitualmente grave y melancólico, se ve animado de un gozo purísimo; sus ojos brillan con el delirio de la dicha.

Mas, ¿quién camina ensalzado en medio del gentío?

Es un anciano, en cuyas sienas venerables se ostenta una magnífica guirnalda de rosas; es un héroe modesto que va sostenido en los hombros de aquellos á quienes hizo bien, y en medio del triunfo más espléndido y más desinteresado que han presenciado los montes de Anáhuac; es el padre de los desgraciados, el insigne Fr. Pedro de Gante!

Espárcense flores en su camino; vistosas danzas le preceden, y en medio de una muchedumbre atónita de admiración ó exaltada por un júbilo febril, llega á los umbrales del convento de San Francisco, donde le reciben sus hermanos.

El sol, desde el zenit, contempla con faz radiante y majestuosa el espectáculo.

VI.

Digamos dos palabras acerca de la vida del hombre que era objeto de un recibimiento tan suntuoso.

Fué hijo de Flandes, nativo de la ciudad de Igiien, en la provincia de Budarda. Tomó en su juventud el hábito de San Francisco, en el convento de Gante, según se puede conjeturar. Su extremada humildad le impidió aspirar al sacerdocio, y contentóse con ser siempre lego, aunque le sobaban méritos para figurar en los más altos puestos y dignidades de la Orden.

Fué, como ya hemos dicho, de los primeros franciscanos que vinieron á nuestro país, recién hecha la conquista, emprendiendo su viaje en compañía de los padres Fray Juan de Aora, hermano del Rey de Escocia, y de Fray Juan de Tecto, su mismo guardián en el expresado convento, y catedrático de teología, que había sido, en París.

Consagróse desde luego á sus apostólicas labores, enseñando á los naturales, juntamente con los principios civilizadores del cristianismo, las artes y los ramos todos del saber, que forman la cultura de las sociedades. El primer teatro de sus virtudes y talento, fué Texcoco.

De allí, y cuando hubo de asociarse á los doce misioneros que vinieron en 1524, pasó á México, donde hizo construir la capilla de San José, á espaldas de la primera iglesia de San Francisco el grande; y en el gusto por edificar, sobresalió tan-

to, que á él se deben más de cien iglesias de esta ciudad y los alrededores, siendo; entre otras, según se cree, las de San Antonio de las Huertas, Santa María, Salto del Agua, Popotla, Tacuba y San Bartolo.

Asimismo, puso él los cimientos del actual colegio de San Juan de Letrán, que, según su institución primitiva, era escuela de niños nobles, hijos de los señores del imperio mexicano, á quienes el venerable Gante aleccionaba en los ejercicios artísticos y literarios ya dichos, cuidando á un tiempo de su cristiana educación, y de asegurarles en la vida la felicidad que proporciona una subsistencia honrosamente adquirida por la industria y el trabajo. En esa escuela, que á la sazón era el santuario de las artes entre nosotros, se hicieron las primeras imágenes y retablos para las iglesias de toda la República.

Con no menos empeño procuró saber la lengua mexicana, y consiguió su objeto tan cumplidamente, que á pesar de ser tartamudo, conversaba en ella con los naturales, como si la hubiera ejercitado desde sus primeros años, no siendo éste el menor de los motivos porque tanto le querían. Cuando no había sacerdote que la supiese, él hacía sus veces, con fruto en la predicación. Compuso en la propia

lengua un tratado de la doctrina cristiana, muy extenso. Vetancurt afirma que Fr. Pedro la tradujo en mexicano, y que á los dos años la tenía ya impresa en Amberes, cuya edición pone en duda con buenos fundamentos, nuestro docto anticuario, Don José Fernando Ramírez, según lo expresa en una nota que acompaña á su curiosa obra titulada: "Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Benavente, ó Motolinía."

Tales méritos, prendas tan raras y estimables, era imposible que no le granjearan el amor de todos, y en especial de los mexicanos, siendo muy notable sobre este particular, un pasaje del artículo que el señor Dávila consagró á nuestro héroe en el Diccionario de Historia y Geografía ya citado. Hélo aquí:

"Fué muy querido este varón de Dios, de toda nuestra nación, y en todo el discurso de su vida, como se vió con multiplicados y repetidos ejemplos. Porque siendo fraile lego, y habiendo otros religiosos sacerdotes, grandes siervos de Dios, y Prelados de la Orden, que los confesaban y predicaban, sólo conocían á Fray Pedro de Gante por particular padre, y á él acudían en todos sus negocios, trabajos y necesidades; y así dependían de él principalmente los Gobernadores de las parcialidades de indios de esta ciudad,

y los de su comarca, en lo espiritual y eclesiástico, que solía decir el segundo Arzobispo D. Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de predicadores, como refiere el P. Torquemada:—Yo no soy Arzobispo de México, sino Fray Pedro de Gante, lego de San Francisco.—Y á la verdad, aunque no lo era, lo pudiera haber sido antes en la vacante, por muerte de su venerable antecesor, D. Fr. Juan de Zumárraga, si este bendito y humilde lego hubiera querido ordenarse de sacerdote; porque el Emperador Carlos V, como era de su patria y tenía entera noticia de su apostólica vida, y veneración de su persona, lo estimaba en mucho, y lo convidó con el Arzobispado de México; pero el religioso varón, huyendo esta elevada dignidad, escogió permanecer en su estado humilde de lego. Viniéronle en distintas veces tres licencias, sin procurarlas él ni saber de ellas, para ordenarse sacerdote. La primera, del Papa Paulo III; la segunda, del capítulo general celebrado en Roma, siendo Generalísimo de la Orden, Fray Vicente Lunel, y la tercera, de un Nuncio apostólico, que estuvo en la Corte de Carlos V, que sería por ventura á solicitud del mismo Emperador, que, como queda dicho, lo quería hacer Arzobispo, y tomaría este medio para ejecutar mejor su intento; mas todo

esto desechó el verdadero siervo de Jesucristo, queriendo antes permanecer y quedar en su humilde y primera vocación, con que fué llamado de Dios al estado monástico.”

Quizá esta afición señalada, quizá este empeño de parte de Carlos V en colmarle de favores, ha dado visos de probabilidad á la sospecha de algunos que le han supuesto hijo natural del Emperador, si bien ésta parece corroborada con las palabras de Vetancurt, cuando refiriéndose al Monarca, le llama “su muy cercano pariente.”

Sin envolvernos en investigaciones de tan poco momento, señalemos ya el motivo que le tuvo por algún tiempo fuera de la capital, su ordinaria residencia.

Como á todo varón eminente, no le faltaron émulos y enemigos que le suscitaran persecuciones, porque, dice bien el citado cronista, “los que sirven más, suelen estimarse menos, y son más arresgados á la calumnia, ó ya con celos indiscretos de los que persiguen, ó ya por falsos testimonios que les levantan.” No se sabe á punto fijo la absurda especie que sirvió de cimiento á la calumnia, ni por quién fué ideada, pero sí es seguro que nuestro Fr. Pedro fué víctima de las intrigas de algún mal queriente, que le atribuía faltas que no había cometido, y

que tal hubo de ser la causa, ó pretexto para que los superiores le obligasen á irse á morar en el convento de Tlaxcala, en donde, siempre sostenido por el espíritu que le animó desde sus primeros pasos en la carrera apostólica, siguió doctrinando y civilizando á los naturales, con la paciencia y tolerancia que le distinguían, y sin que se alterase en nada el carácter jovial que le hacía tan amable y buscado de todos.

Pero el triunfo de la calumnia fué de poca duración, y la verdad dió á conocer la inocencia del virtuoso fraile, disipando las nieblas de la intriga; arrepíentense los superiores, del injusto destierro á que le condenaron; llámanle á México, á donde su presencia era la dicha, su persona un objeto idolatrado, y vuelve, en efecto, sin rencor, sin animadversión para con nadie, ángel de paz, lleno de amor y de ternura, haciendo su entrada, modestamente alegre, con sus amigos, en brazos de éstos, y con la pompa sin rival que se ha descrito.

VII.

¿Por qué es inevitable la ley de destrucción? ¿por qué todo está sujeto á fenecer en este mundo?

Si algún argumento formidable tienen

contra sí los partidarios del optimismo, es esta triste necesidad de la muerte, "necesitas leti," que, aunque á veces se acepta como una dicha, pesa también sobre seres cuya existencia debía durar eternamente para beneficio de la humanidad. Acabe el mal, desaparezca de la tierra; pero, ¡cómo es que el bien, la ciencia, la virtud, se abisman igualmente en las lóbregas profundidades del sepulcro!....

Al recorrer el libro de la vida de nuestro héroe, no hemos hallado, hasta aquí, sino motivos de agrado y bendiciones; mas, tiempo es ya de leer la última página, la página sombría.

Amaneció un día aciago, en que una voz de dolor circuló por la ciudad y pueblos comarcanos:—¡El siervo de Dios ha muerto!

Todos se conmueven á este anuncio.

Los lúgubres acentos de las campanas se difunden por el aire, como los gemidos de todo un pueblo que queda en la orfandad.

La gente se apiña en el cementerio del convento; agólpase á las puertas, y quiere á toda costa bañar con su llanto los restos ya fríos é inanimados del varón ilustre.

Los naturales vienen de muchas leguas á la redonda, á imprimir sus labios en la mano que en otro tiempo les enseñó las

artes, y que jamás se abrió, sino para derramar beneficios á los pobres y acariar á la inocencia. Vienen á tributar el último homenaje de su reconocimiento, al padre, al amigo que acaban de perder.

Mas si el duelo se pinta en los semblantes, si todos los vestidos son luto, el aspecto del venerable religioso dista mucho de infundir tristeza: posa en su frente una claridad divina, una amable sonrisa expresan sus labios, y tiene los ojos cerrados apaciblemente. Parece un niño dormido....

Las flores que cubren los bordes del ataúd, las que alfombran la estancia, ofrecen esmaltados colores á la vista, esparciendo suavísima fragancia en el ambiente.

Llega después la hora de las exéquias, que se celebran con una solemnidad, con una magnificencia que no se ven iguales en el funeral de los Reyes. Todo en ellas, lo desempeña la más pura amistad, y el más profundo reconocimiento.

Los naturales se empeñan en poseer el cuerpo venerable, para darle sepultura en su iglesia favorita de San José, y así se ejecuta. Cada una de las parcialidades de esta ciudad, le tributan fúnebre homenaje, y el duelo dura por muchos días.

VIII.

El aniversario fué tan solemne como el entierro, manifestando los naturales, el día en que se verificó, que la memoria del bienhechor y del amigo, no se había evaporado de su corazón.

Fr. Pedro de Gante es uno de esos caracteres amables que viven siempre en la gratitud del humano linaje, y á quienes consagra la historia sus páginas más hermosas; es imposible negarle este tributo que nace espontáneamente del alma, seducida por una virtud que, aunque en realidad severa, sólo tiene para el hombre sonrisas y agasajos.

¿En dónde es ignorado el nombre del lego artista, que ocupado incesantemente en ilustrar á los indios, tenía una mano para el silabario y la otra para algún instrumento perteneciente á oficios mecánicos? Pocos son los conventos y aun parroquias, de las que administraban antes los franciscanos, en que no se conserve su retrato como un precioso tesoro.

VIII.

Literatos.—Motolinía.

Ya hemos seguido á la religión seráfica en los primeros pasos que dió por la senda de la conversión de los naturales al cristianismo; y antes de apartarnos de aquel período de lozana juventud, réstanos considerarla en sus relaciones con la esfera literaria, en la cual brillaron como astros algunos de sus hijos.

Descuella entre ellos Fr. Toribio de Benavente ó Motolinía, cuyo carácter personal, así como el de sus escritos, pueden estudiarse ampliamente en el opúsculo del señor Ramírez, poco antes citado. Contrayéndonos á estos últimos por ahora, llama ciertamente la atención el extenso catálogo que los abraza, no menos que la variedad de materias sobre que versan, con especialidad cuando se reflexiona que el escritor no podía consagrar á las letras sino los escasos momentos que le dejaban libres, ocupaciones de más valía.

De estas obras no conocemos nosotros más que las publicadas por el señor García Icazbalceta, en su colección de documentos, y son: la "Historia de los Indios de la Nueva-España," y la "Carta al Em-